

EL ORIGEN

Hola amigos.

Bienvenidos a Origen, el primero de una serie especial de capítulos que tratarán sobre la creación y el origen, precisamente, de SNDD.

Hoy voy a hablar de historia, sí, pero de la historia de este formato, de este Podcast. Este será el primero de varios capítulos “off the record”, que distinguiré de los capítulos habituales, y en los que os voy a intentar contar la evolución espiritual por el que he pasado en mi vida, y que es realmente, como os decía, la principal causa de esta afición y de esta transformación personal, también.

Para ello, para trasladaros este viaje, os contaré, por supuesto, cosas personales, porque son indispensables para entender el tema. Intentaré, eso sí, centrarme en los capítulos, o en las influencias, o en los temas más relacionados con el aspecto espiritual, pero es imposible evadirse del contexto personal para contarlos. Quizás mi historia, que es la de un niño que creció en una determinada tradición, en una determinada cultura, guarde cosas en común con tu propia historia, o quizás no sea así, pero lo que está claro es que para entender este podcast, Sin Noticias de dios, es importante entender su origen, y para mi es también importante contarlo, porque uno no acaba en una posición espiritual determinada solo leyendo, o solo por experiencias, o solo por azar, sino que lo hace como resultado de un proceso integral, transversal, que tiene mucho que ver también con su realidad y sus vivencias. No recuerdo ahora mismo en qué capítulo, quizás fue en el primero, os contaba que para hablar de ciertos temas es indispensable cierto grado de exposición por parte de quien los trata. Si esto fuera un Podcast de fútbol, lo primero es que tendría un montón de descargas, y segundo, no haría falta que os contara nada más, nada personal. Sin embargo, no me parece honesto hacer un podcast que toca la espiritualidad, las creencias, el cambio, el sentido de la vida, entre otras materias cruciales, sin mojarme un mínimo los pies.

Para mí, sería como comerme un bocadillo de pan rallado, os lo digo de verdad.

En cualquier caso, y más allá de opiniones, este es el tono y el formato que yo elijo hacer, con pros y contras y siendo consciente de ellos, por supuesto.

Bueno, os cuento un poco el origen y me remonto para ello al principio de mi vida.

Mis padres nunca olvidarán el día en que nací por dos causas bien distintas: la primera es obvia y feliz, porque ampliar la familia supuso una inmensa alegría para todos.

Era 1981 y vivíamos en Algorta, en Getxo. Mi padre estaba empleado en la central nuclear de Lemóniz, trabajando para la empresa Iberduero y es por ello que estábamos allí, lejos de Madrid, donde estaba el resto de nuestra familia. Eso sí, yo soy asturiano, que quede claro. Los de Bilbao somos de dónde queremos, ya se sabe.

En aquellos días previos, más allá del hasta entonces feliz embarazo de mi madre, se respiraban en mi familia preocupación, inquietud y miedo: ETA había secuestrado al jefe de mi padre el 29 de enero y amenazaba con matarle en el plazo de una semana si la central no era demolida. Mi propio padre, como varios otros empleados de la central, también estaba amenazado, y guardaba, y guarda, en un cajón las cartas de los terroristas con su nombre impreso en ellas. Aquella exigencia de cierre de la central en una semana, por supuesto, no se atendió.

El 6 de febrero, ETA cumplió su amenaza y mató al ingeniero jefe de la central. Fue un día trágico, un suceso que marca a las personas. Prácticamente ese mismo día, mi madre se puso de parto y yo nací al día siguiente, el 7 de febrero, aunque mi nacimiento estaba programado para bastante más adelante.

Apenas 15 días después, para mas INRI, tuvo lugar el 23-F, así que poco más puedo decir del contexto de mi nacimiento, la verdad. Creo que os podéis imaginar que no fue una situación fácil, precisamente.

El resto de familia, tanto paterna como materna, vivía en Madrid en aquella época. Algunos vinieron a ver a ese niño recién nacido, que era feo de solemnidad. Es que era muy feo yo al nacer, y luego tampoco es que me haya convertido en Brad Pitt, pero oye, tengo mi mercado.

Unos meses después me bautizaron, precisamente en Madrid, en la iglesia de la Araucana, cerca de la casa de mis abuelos paternos. Lo cierto es que no conservo fotos de aquel evento; creo que existen unas diapositivas que estoy detrás de digitalizar, pero tengo primero que encontrarlas entre los infinitos archivos de mi padre, que le hacía fotos hasta a las baldosas del baño.

Por lo que me han contado, mi bautizo fue algo menos dramático que mi nacimiento, lo cual no era difícil, la verdad. Debí llorar bastante, según tengo entendido, aunque lo cierto es que he sido llorón toda mi vida, por lo que no me sorprende demasiado.

Mi abuelo Luis, que era marino militar, escritor, guionista... y mi principal inspiración en esto de la comunicación, debió ponerse sus mejores galas para el evento. Ojalá pueda encontrar esas fotos, me gustaría muchísimo.

De vuelta a Bilbao, la situación era trágica. Los 80 fueron tiempos muy difíciles en relación al terrorismo, como bien sabéis, y especialmente para los que, como mi familia, estábamos amenazados, y viviendo en el País Vasco.

Pasamos unos meses en Mallorca, nos mudamos parcialmente a Ponferrada... Nos deslocalizamos, digamos, para disminuir riesgos. Mi padre continuaba trabajando en Bilbao, pero el resto estábamos más lejos, por seguridad.



Con mi madre, en 1982

Cuando en mayo del año siguiente, de 1982, ETA mató también al sustituto del ingeniero jefe asesinado, y la puesta en marcha de la central se paralizó, y se suspendió, de hecho,

definitivamente un par de años después. Allí se quedó esa mastodóntica estructura fantasma, como huella de vergüenza y de dolor. Hasta hace apenas 2-3 años no se ha empezado a dar pasos para su desmantelamiento.

Nosotros nos fuimos lejos, nada menos que a México, donde vivimos los 2 o 3 años siguientes. Allí, como bien sabéis, también había pirámides y se rendía culto al sol, como en casi todos lados. El dios romano, en el otro lado del mundo, más popular en aquella misma época, era Sol Invictus, del cual ya hemos hablado alguna vez. El sol ha sido, por aplastante lógica, el dios más venerado de la historia, y uno de los competidores más fieros de Yahvé e incluso de Jesús en esto de conquistar almas y voluntades.



Teotihuacán de noche - 1983

De esta pirámide, más o menos contemporánea al nacimiento de Jesús, pero en el otro lado del mundo, me caí yo, con apenas dos años y me di un buen coscorrón que desata la risa de mis padres y hermana cuando lo recuerdan.



*Con mi padre y hermana en México
– 1983/84*

Tras 3 intensos años en México, de los que conservo apenas un par de borrosos recuerdos, volvimos a España, concretamente a Madrid, a Majadahonda, donde vivo desde entonces.

Ya aquí, me convertí en un niño escolarizado, con acento mexicano, eso sí. En mi colegio, que era público, podía elegirse entre religión y ética, pero lo cierto es que el 90% de los niños íbamos a religión, y mirábamos con cierta extrañeza a los 3 o 4 que no lo hacían (ahora mismo no recuerdo quiénes eran, la verdad, solo me acuerdo de Rubén). Mi profesora, Mariángeles, era algo achaparrada, siempre tenía cara de cansada, con ojeras, y una voz algo estridente, y era cariñosísima. La clase de religión era mi favorita, con permiso de la educación física, por supuesto.

Por cierto, qué curiosa esa división o equiparación entre religión y ética. Da la sensación de que hacía falta complementar en valores morales a los que no fueran a religión, y por eso la alternativa era la ética. El tema de los valores y la religión da para otro

capítulo que no descarto hacer en absoluto. Es interesantísimo el tema, definitivamente haré un capítulo, lo prometo.

Bueno, el caso es que en aquella sociedad de los 80, quizás acentuado por el lugar en que yo vivía, había una inercia religiosa que te conducía automáticamente por un camino determinado. Igual que era raro no ir a religión, lo era no hacer la comunión, por supuesto.

En mi entorno, entre mis amigos, nadie se cuestionaba nada de eso. La vida transcurría con normalidad: a los 6 años empezabas la EGB, y a los 9 hacías la comunión, como todo el mundo.



La comunión - 1990

Recuerdo poco la catequesis, la verdad, pero sí recuerdo que hice la comunión en vaqueros, porque mi madre se negó en redondo a comprarme un traje de marinero para usarlo una sola vez (el resto de niños, por supuesto, sí que lo llevaban). Llevé una chaqueta azul, eso sí, y mi mejor peinado.

Hicimos luego una fiesta en casa, a la que vinieron mis orgullosas abuelas (mis abuelos creo que no, en este caso, o no lo recuerdo). Me regalaron unas cadenas de oro con una cruz que debo tener por algún sitio. El hecho de recibir regalos, organizar una fiesta, que viniera la familia... me hicieron ser consciente de que aquel día debía tener algo de importancia, y quizás fue la primera vez en que experimenté cierta consciencia religiosa.

Durante los siguientes años, en un periodo de creciente y lógica, aunque lenta madurez, di los siguientes pasos en mi experiencia con la religión, siempre de la mano, o bajo las faldas de la *influencer* religiosa más importante con que me he topado: mi abuela Elena.

Mis padres se habían separado unos años antes y eso conllevó que durante toda mi infancia me pasara entre 2 y 3 meses de verano en mi aldea asturiana. Por allí pasaba mi hermana, mis tíos, mi padre, mis primos, en algún momento y siempre por unos cuantos días, y solo había un fijo en aquella quiniela durante 3 meses que era, como he dicho, mi abuela.

Allí, con ella, que era supernumeraria del Opus Dei y ferviente practicante, aprendí todas las oraciones que existen: la Salve, el Credo, todas las canciones de misa... Eran muchas horas en una aldea de 20 habitantes, y esta actividad ocupaba una parte de mi poco apretada agenda, con la consiguiente felicidad de mi abuela, a la que le encantaba evangelizarme, ya que sus hijos, aunque cristianos, habían perdido el ánimo practicante. Esa felicidad, la de mi abuela, era la mejor parte de todo aquello.

Los jueves, la buena de Elena se iba a confesar a Colunga, un pueblo más o menos cercano que algunos conoceréis y, una vez hube hecho la comunión, este sacramento se convirtió en obligatorio también para mí. Lo cierto es que me horrorizaba y me avergonzaba ir a confesar y, de hecho, aunque nunca se lo confesé, valga la redundancia, a mi abuela, intentaba escabullirme por cualquier medio del confesionario: los jueves me dolía la cabeza, me torcía un

tobillo, me mordía un koala, me inventaba cualquier cosa, vaya. Pero Elena, que de tonta tenía poco, no siempre tragaba con mis excusas. Llegué, para que os hagáis una idea, a simular que entraba al confesionario para posteriormente escaparme por la puerta lateral de la iglesia de Colunga, volviendo a los 5 minutos, supuestamente limpio, pero menos libre de pecado que cuando entré a la iglesia.

También daba largos paseos diarios rezando el rosario, incluyendo todas las letanías de la Virgen, que mi abuela recitaba mecánicamente y con soltura, y que yo nunca llegué a aprenderme.

Más allá del verano, en mi vida diaria, mi única relación con la religión se producía los domingos, en los que acudía a misa, con cierta regularidad, con mi amigo Rafa, entre otros. Esas ceremonias tenían poco de religioso y mucho de social para nosotros. Eran un lugar de encuentro con amigos y amigas con las que uno se topaba allí, siempre como por casualidad. En misa se ligaba, vaya. Existía la figura del guapo de misa o guapa de misa, y eso nos hacía a todos, en apariencia, mucho más piadosos.

Yo no ligaba, precisamente, pero algunos tenían su éxito; muy bien vestidos, con pinta de buenos y formales. Los yernos y nueras ideales, vaya...



San Antonio, patrón de Bárzana - 1997

En esas edades, durante la época de instituto, mi relación con Dios era más esporádica y superficial. Al igual que la comunión era un trámite más en la vida de un niño de mi entorno, la confirmación era mucho menos “obligatoria”. De hecho, tengo la sensación de que varios de mis amigos no hicieron la confirmación. Yo, tampoco.

Por cierto, aprovecho y os cuento que el cristianismo tiene un número diferente de sacramentos según la variante cristiana que se practique. El catolicismo y la iglesia ortodoxa reconocen 7 sacramentos para la búsqueda de la gracia divina, mientras que todos los movimientos protestantes, anglicanos, episcopalianos, baptistas, evangélicos o luteranos solo reconocen como sagrados el bautismo y la eucaristía, porque consideran que estos sacramentos son los únicos instruidos por Jesús, mientras que los otros provienen de interpretaciones de la iglesia.

Sigo, contándoos aquella época y mi tránsito espiritual.

Lo cierto es que siempre me ha entusiasmado viajar, y durante esa etapa, con 14, 15, 16 años, hay un par de viajes a Marruecos con la familia que, como mínimo, despertaron mi curiosidad. Recuerdo vivir con fascinación el ambiente de las calles, los olores, el ruido, la vida que desprendía la actividad constante en las medinas, los zocos, recuerdo a toda aquella gente que hablaba un idioma ininteligible, me impresionaba la llamada a la oración, entrar en una

mezquita y ver a la gente rezando en alfombras, arrodillados en el suelo. Y recuerdo pensar que adoraban a un dios que no existía, equivocado.

En un alarde de estúpida superioridad moral por mi parte, me alucinaba cómo tanta gente podía estar tan desviada y no conocer el camino correcto, la verdad, al Dios auténtico...

Seguramente, en aquel momento lo achacué, en mi incultura, insisto y total falta de madurez, a que Marruecos era un país más pobre, más primitivo y que, probablemente, esa fuera la causa de su error en masa.

Cuando acabó el instituto, acabó también una etapa de mi vida. Hubo un punto de inflexión claro que no se había producido hasta entonces, porque mis amigos, mi día a día, mi ambiente, mis rutinas...habían sido prácticamente iguales en el colegio y en el instituto, que estaban, por cierto, separados por una simple valla de metal y a 200 metros de mi casa. Un universo muy pequeño, como veis, pero bastante feliz.

Os quería contar también, y perdonad que salte a veces de unas cosas a otras que, el otro día (esto está grabado en diciembre de 2025), fui a una misa. La ceremonia fue preciosa: me gustó el cura, pese a que recurrió a algunos tópicos sobre los no creyentes del estilo “qué triste debe ser la vida de un no creyente, sin fe en la resurrección, te mueres y ya está”. Recurrir a esa letanía estaba muy por debajo de su nivel, ya os digo, pero tanto su sermón como la estructura y el ritmo de la ceremonia fueron excelentes. También el coro, que no dejó de cantar y fue precioso. No pude evitar fijarme en los niños de 10-12 años haciendo la genuflexión, leyendo las peticiones, comulgando con semblante serio y formal. Me llevó, por un momento, a otro mundo, mitad recuerdos y mitad fascinación: ¿qué dosis de fe hay en un niño? ¿qué dosis de espiritualidad? ¿cuánta de adoctrinamiento o de determinada educación? ¿elegían su posición espiritual, o se la daban ya hecha? ¿se replantearían sus creencias en algún momento? Incluso ¿hasta qué punto eran libres? Miles de preguntas en el aire, más de las que me cabían en la cabeza...

No pude evitar, dado que además tenía pensado hacer este capítulo, comparar mi infancia con la de aquellos niños anónimos que participaban en la misa. Tuve la sensación, quizás acentuada por haberme metido en estos temas en profundidad, de verlo todo como un marciano que aterriza por primera vez en una iglesia, como si lo experimentara todo desde el aire y por primera vez. Miraba la imagen del cristo crucificado, analizaba los silencios, escudriñaba las lecturas, todas ellas me resultaban conocidas, me preguntaba si alguien en aquella sala las conocería de la misma forma. Observaba a la gente arrodillada, a otros distraídos, la ropa de los sacerdotes, desde otra perspectiva. Externa, sí, pero muy intensa. No sé, es difícil de describir.

Bien, ya llego al final del primer episodio de esta serie especial que quería hacer y compartir. El siguiente versará sobre otra etapa muy diferente, con la experiencia diversa de la universidad, la mayoría de edad, el conocer gente nueva y tener nuevas influencias, el ganar unos cuantos euros y exprimirlos para viajar y conocer. Una nueva etapa, también en el plano espiritual, por supuesto. Pero eso os lo contaré en el siguiente capítulo de mi viaje.

A todos aquellos que esperais historia bíblica y religiosa, mis más sinceras disculpas, y mi promesa de volver sobre ella en los siguientes episodios, y a aquellos a quienes os haya gustado este capítulo, u os haya hecho recordar experiencias similares o recordar las propias de vuestra vida, un abrazo muy fuerte y gracias por vuestra atención, pero, sobre todo,

por vuestro cariño. No sé cuándo haré la siguiente entrega de esta miniserie, seguramente ya en enero, pero, en cualquier caso, nos vemos en el siguiente capítulo, amigos.

¡Cuidaos mucho!